



Parece confirmarse la noticia de haber sido incendiado el colegio de padres Escolapios de Ubeda.

Los acreditados baños de Carratraca cargo del inteligente profesor D. José Salgado, están este año sumamente concurridos, según de allá nos escriben.

La situación de estos baños en el centro de unas sierras distantes siete leguas de Málaga, les dota de un clima fresco y propio de un país mucho más septentrional, y proporciona la inmensa ventaja de disfrutarse de un sosiego y tranquilidad envidiables.

Ha sido nombrado jefe de negociado de tercera clase de la dirección de administración local en las islas Filipinas, el distinguido ingeniero industrial de Barcelona, D. Modesto Lafont y Pon, antiguo y consecuente republicano, y uno de los más activos propagandistas de la idea federalista en Cataluña.

llevados a cabo en Margalef, donde sufrió el Sr. Cuevas una herida que aun tiene abierta, batiendo por completo a las facciones, que sorprendió después de haber hecho una marcha de catorce horas, y la de Torrellas, donde con 800 hombres dispersó a la facción compuesta de 1200, siguiéndola hasta mas allá de Fonrubi, y causándole muchas bajas.

Ha recibido el grado de licenciado en la facultad de filosofía y letras, D. Nicolás Quintín Ubago.

La nueva facultad de letras ha nombrado profesores auxiliares de la misma, encargados respectivamente de las cátedras de literaturas extranjeras y de historia universal (curso preparatorio), a los ex-directores de instrucción pública D. Juan Valera y don Juan Uña, quienes han aceptado el nombramiento.

Ayer estuvo el personal de la secretaria de la embajada de Francia en el café Francés que fué objeto del tropelio que ya conocen nuestros lectores, tomando informes y declaraciones que sirvan de base a la reclamación que la embajada dirija al gobierno español.

Un periódico republicano da a entender que los intransigentes no quieren otra jefatura que la del Sr. Figueras, al que enviaron comisionados rogándole que venga a Madrid para que se ponga al frente del federalismo reformista. El mismo colega añade que el Sr. Figueras debe llegar de un día a otro a esta capital.

Parece que el entendido y bizarro general Sr. Martínez Campos, antes de aceptar el cargo de jefe de Estado Mayor del ejército de operaciones del Norte ha obtenido la ordenanza militar con toda severidad, al ser examinado.

Parece que los concurrentes al premio de composición de la escuela nacional de música, van a pedir la nulidad del concurso, fundándose en que el jurado ha faltado al espíritu y a la letra

del reglamento vigente en dicha escuela.

TERCERA EDICION.

Hoy hemos recibido los siguientes telegramas:

Paris, 1.º En la Bolsa se han cotizado: 3 por 100 francés, 55.80. 5 por 100 id., 90.90. Exterior español, 20 1/8. Consolidados ingleses, 92 1/4. Bolsa. — Exterior español viejo, 19 7/8. Interior id., 15 5/8.

Paris, 30, (retrasado). El Diario oficial, publica los decretos nombrando al Sr. Cobriac representante de Francia en Atenas y al Sr. Tangat en el Haya.

Ha salido para la Habana el vapor correo "Santander" conduciendo 93 particulares, 33 oficiales del ejército y 139 soldados.

Paris, 1.º El conde de Eu, hermano del conde de Paris, sale hoy con dirección a Viena.

El periódico "The Post" dice que después de la toma de Khiva, el gobierno ruso ha dado nuevas seguridades a Inglaterra de que la guerra que ha emprendido en Asia no tiene carácter de conquista y que, por lo tanto, no es su intención conservar de una manera permanente el Khanato de Khiva.

Anoche se acordó en Consejo de ministros ir presentando a las Cortes, a medida que se vaya concluyendo su estudio, los presupuestos todos de Ultramar, pero detallados, como se preparan los de la Península. En todo este mes quedará presentado el presupuesto de Filipinas, y antes de fines de agosto estarán terminados y presentados todos.

Anoche, después de consejo, ó sea a las dos de la madrugada, conferencia de nuevo el Sr. Pi por telegrama con el general Nouvilas, como ya hablamos anunciado.

Esta tarde a las dos saldrá de Pamplona para el campo de operaciones el general Nouvilas.

Ha quedado interceptada la comunicación entre Tolosa y Vitoria, pudiéndose hacer la travesía solo por San Sebastián, y con buques mercantes hasta Santander. Hay detenidos en ambos puntos varios jefes y oficiales con perjuicio del servicio. Es posible que se

remedio este mal si a los vapores del Estado encargados del correo se les ordena que trasporten a los individuos del ejército.

Como ya indicamos a nuestros lectores, el claustro de la universidad Central volvió a reunirse anoche, y después de una templada discusión, acordó pedir respetuosamente al gobierno la suspensión del planteamiento de los últimos decretos publicados sobre instrucción pública, hasta que las cortes sancionen una ley completa y general sobre un ramo de tan gran importancia para el porvenir intelectual de nuestra patria.

El nuevo secretario general de Hacienda, Sr. Hoya, es un antiguo y laborioso funcionario que no ha pertenecido jamás a la política y que ha hecho la carrera dedicando su reconocida inteligencia exclusivamente a las cuestiones económicas, dando relevantes pruebas de su capacidad. Las personas amantes de nuestra regeneración administrativa creen que el Sr. Hoya, bajo la dirección del Sr. Carvajal, ha de contribuir mucho a introducir mejoras importantes y a dotar a la Hacienda de un personal inteligente, probo y activo, que atienda sin descaño a las delicadas cuestiones económicas, base de todo gobierno que quiere dirigir y fomentar los intereses generales del Estado.

Hoy se ha dicho que el jefe carlista marqués de Valdespina había detenido en concepto de prisionero, al hijo de un general muy conocido en Madrid, que se marchaba a Francia en compañía de su esposa.

Varios diputados asturianos nos aseguran que no hay el menor fundamento para temer nada en la provincia de Oviedo, a pesar de lo que se ha dicho. Estas noticias están confirmadas por cartas particulares de diferentes personas que han ido a pasar el verano en aquel pintoresco y pacífico país.

Anoche se puso en escena en el elegante teatro de verano del Prado, el "Pilluelo de Paris, en la que obtuvo una ovación completa la señorita Olaso, que interpretó perfectamente el papel de José. Las señoritas Herrera, Caché y señora Roca, así como los Sres. Calvaehos, Vega y Caché, fueron también muy aplaudidos.

La concurrencia a este bonito teatro va siendo cada noche mas escogida, pues muchas familias que desean distracción sin molestias, han adoptado como punto de reunion este local, para evitar las incomodidades que les proporciona la aglomeración de gentes en el Salon del Prado desde que las

músicas se han establecido en el mismo. A consecuencia del desgraciado encuentro de Castañón, parece que fueron hechos prisioneros el comandante Uleta, del regimiento de la Princesa; el capitán Ruiz, ayudante de Puerto Rico, y herido de bayoneta el teniente Piquer de la Princesa. El comandante D. Valeriano Fernández sostuvo brillantemente la retirada con cuatro compañías de la Princesa, y la columna resistió con admirable arrojo las cargas a la bayoneta y las de caballería, causando bajas sensibles al enemigo. Así aparece de una carta de persona completamente fidedigna e imparcial.

No es cierto que anoche asistieran al consejo de ministros los Sres. Tutau, Sorri, gobernador civil y capitán general, como dice un periódico, por más que sea verdad que fueran al despacho del Sr. Pi, aunque casi ninguno de ellos confirió con él. Solo el alcalde popular entró en el consejo un breve rato.

Mucho ha contribuido a calmar los ánimos en Sevilla el extenso telegrama que dirigió el Sr. Pi al gobernador, con cargo de que lo leyera a los comités, jefes de voluntarios y demás personas que podían influir en la terminación del conflicto que en aquella población había surgido. Este telegrama, transmitido también por circular a todos los gobernadores, demostraba las inconveniencias y riesgos de la declaración de cantones antes de hacerse la Constitución.

Los jefes y oficiales de las milicias disciplinadas de Canarias, al saber que el Sr. Estévez era ministro de la Guerra, le enviaron una comunicación felicitándole y ofreciéndose a venir a la Península a tomar parte en las operaciones contra los carlistas.

La conferencia celebrada anoche por el general Nouvilas con el Sr. Pi, duró más de dos horas y media. Dícese que el general en jefe exige recursos nuevos de hombres y dinero, y que promete de nuevo más eficaz resultado de sus operaciones, que cree no han podido, hasta ahora, ser bien secundadas por diferentes razones.

El señor ministro de Gracia y Justicia ha dirigido una circular a los fiscales haciéndoles discretas advertencias sobre la eficacia indispensable en la persecución de toda clase de delitos y faltas, y advirtiéndole que así como está dispuesto a respetar a todos los funcionarios del orden judicial, será inflexible con los que por debilidad u omisión dejen de cumplir sus deberes.

—Veo en efecto que le conceís, — murmuró sonriendo Barbarina. El conde que había escuchado todo este dilógico en silencio, juzgó que era ya tiempo de intervenir y exclamó: —¿Y qué ha sido de Mr. de Saint-Bertrand? Esta pregunta cortó de repente todo el buen humor del caballero. —Está en París; acaba de salir de aquí hace un momento, — dijo Barbarina. Los dos hombres se miraron; el joven sonreía, el anciano palideció; los dos se decían en aquella mirada: —¿Todavía es su amante? —¿Qué los pasa? — se preguntaba entretanto la bailarina. —Si nos marcháramos! — parecía decir el caballero en sus miradas suplicantes. El conde sin embargo se encogió de hombros y se quedó. —Señores, — repuso por fin Barbarina, inquieta siempre por las revelaciones de Carlota: —¿le conceís personalmente? — repuso Carlota a su padre? El caballero Florindo se mordió los labios y se puso verde. —Sin duda, señorita, — repuso el conde, no sin apercibir el terror de su amigo. Esta palabra desconcertó al caballero, que empezó a no sentirse dueño de sí mismo. —Es un hombre despiadado; ¿no es verdad? — repuso Barbarina; — un hombre que no perdona nada a la juventud. —¿Comol? — dijo el conde mirando al caballero. Y como si quisiera pedirle cuentas, repuso: —¿Qué es, entonces, lo que ahora decías? El pobre caballero daba compasión. —Miserable! — pensaba, — me deshonoré, habiéndome de mí, precisamente en el momento en que yo me comprometí por salvarle y en último resultado, ¿quién me mete en estas cosas? Directamente, nada me importa, y quién sabe, así como ha tomado un falso nombre se habrá tomado un falso padre. —Yo creía que le conocíais, — exclamó Bougny. —No le conocíais, — dijo Barbarina. —Sí tal, — dijo el caballero que no tenía ya conciencia de sus palabras. —Pues bien, ¿entonces? — preguntó la

—Dios mio! — balbuceó el caballero, —¿qué queréis que os diga eso depeñe de la manera de ver las cosas; es evidente que bajo cierto punto de vista el padre de Saint-Bertrand puede pasar por un hombre atroz... pero no del todo, y puede decirse... ¡Dios mio! en que laberinto me he metido! —No me tranquilizais gran cosa, — repuso Barbarina. El conde quiso acudir en auxilio del caballero, y dijo: —Señorita, mi amigo y yo ignorábamos que conservarais todavía relaciones de amistad con Saint-Bertrand. —Ya lo creo, — repuso la joven, — como que lo veo todos los días. —¿Qué poco me ha dicho esto el tufante! — pensó el pobre caballero. —Siendo así, — continuó el conde, — no ignoraréis la resolución que he tomado últimamente. —¿Qué resolución? — La de casarse. —¿Pues ya lo creol? ¿Quién lo ha de saber mejor que yo? — dijo tranquilamente Barbarina. Los dos hombres se miraron de nuevo. —No será su amante, pensaron. —Conque os ha confiado... — dijo el caballero, ya con alguna esperanza. —¿El qué? —¿Sus proyectos de matrimonio? —¿Cómo no, casándose conmigo? A esta palabra el conde y el caballero se levantaron como movidos por un resorte. —¿Qué quiere decir esto? — se preguntaban, mientras Barbarina, notando su sorpresa, exclamó: —¿Ignorabais quizás que se casaba conmigo? —No, no tal, no tal, — repuso vivamente el caballero. —Por mi parte, señorita, — exclamó el conde, — confieso que lo ignoraba. —Y yo también; pero entonces todo se arregla perfectamente. Barbarina, sin comprender el sentido de aquellas frases, repuso: —Ahora ha ido a buscar el consentimiento de su padre. —¿Mi consentimiento? — dijo para sí el caballero que creía soñar. —Señorita, — dijo el conde encantado del giro que tomaban los sucesos, — si nos veis un poco cortados a mi amigo y a mí, consiste en que los informes que nos habian dado no convienen en-

UN ESTRENO EN LA OPERA.

teramente con los vuestros; nos han dicho en efecto que Saint-Bertrand tenía intención de casarse, solo que la persona con quien se casaba. —Acabá, — dijo Barbarina, levantándose ya con el corazón oprimido. —No erais vos! —¿Quién era entonces? — exclamó la joven palideciendo. El conde de Bougny bajó los ojos. —Una joven encantadora, — dijo entonces el caballero. Barbarina quedó como herida del rayo; pero llevando después la mano a su frente exclamó: —¡Ah! aquel artículo del periódico! Caballero, — dijo adelantándose hacia el conde, — os creo un hombre de honor y no podeis figuraros todo lo que sufro; respóndeme como responderais a un confesor. El conde se sentía conmovido ante aquel dolor sin límites. —¿Dónde ha nacido esa joven con quien quiere casarse Saint-Bertrand? — En España. —Eso es, meridional. —Justamente. —¿Aguardad! su mano está también codiciada por otro hombre; ¿no es verdad? — Bougny se estremeció. —¿Hablad, nada temais; un oficial; ¿no es verdad? — Ciertol, ese oficial soy yo. —¿Y cómo se llama la joven? ¿Por piedad, decidme como se llama! — Evelina. —¿Evelina! ¿Y yo, necia! — había creído que se trataba de mi nombre! Bougny olvidaba ya sus propias penas para pensar en las de la joven. En cuanto al caballero, no comprendía casi nada de lo que estaba oyendo y miraba a los dos jóvenes, y las lágrimas resbalaban de sus ojos. —¡Infame! Una mujer tan linda! — decía. —¿Cuándo pienso que he dado la vida a un monstruo semejante! — Y por fin, dirigiéndose a Barbarina, repuso: —Señorita, no os desesperéis, aun puede repararse todo. Sois víctima de una mala inteligencia nada más; yo emplearé toda mi influencia para arreglar este asunto. — Bien, bravo! — pensó. —Ya vuelvo a comprometerme por ese bribon, pero el diablo me llevó a él ¿dónde estoy!

Barbarina se había casi levantado de su silla, y exclamó: —Aun me resta aclarar un último suceso, una última mentira. Me habéis dicho, caballero, que conceís a su padre. ¿Es cierto que quiere llevarse a Argel? —¿A Argel? ¿Y para qué? — repuso el caballero. Barbarina se retorcía las manos con desesperación. —Me ha engañado; se ha burlado de mí! He unido al sarcasmo la cobardía. ¡Me vengare! Yo sé cosas que pueden perderle. Mas le valia morir que haber despertado mi cólera; que verme en pos de sus pasos, dispuesta siempre a revelar la verdad, a gritar: ese hombre... ¡Oh! perdonad, señores; no sé lo que me digo; pero verme así burlada en mi cariño, en mis sacrificios... Aquí empezó a sollozar y cayó en una silla, llevando ambas manos al corazón. El conde y el caballero trataron de prodigarle algunos consuelos, pero en vano; la joven pensaba en su madre muerta; en Gaskell, que le había advertido lo que ahora le pasaba; en todo lo que podía hacer aun más amargo su dolor. De repente oyóse la campanilla de la puerta, y Carlota cruzó por la sala para ir a abrir. Barbarina se puso en pie de un salto y exclamó: —¿Es él? — Al punto dominando su emoción enjugó sus ojos, trató de sonreír y deteniéndose a Carlota por el brazo, dijo al conde de Bougny: —Caballero, no os conozco; pero de nuevo os repito que os creo hombre de honor. ¿Sostendrais delante de él lo que me habéis dicho a mí sola? —No, yo no lo haré, — exclamó el caballero Florindo fuera de sí. En cambio el conde, con ademán enteramente tranquilo, exclamó: —Os lo prometo. —Pues bien, entrad aquí, en mi cuarto, — repuso la joven. —Dejad la puerta abierta, la cortina está caída. Oireis todo sin ser vistos; yo os haré salir cuando sea tiempo. —Venid, — dijo el conde arrastrando al caballero. —Entonces Barbarina ocupó de nuevo su sitio cerca de la mesa y tomó otra vez su bordado.



